



WILLIAM DIETRICH

ATILA

EL AZOTE DE DIOS

Una novela sobre el rey de los hunos
por el autor de *El muro de Adriano*



Tras décadas de sufrir el acoso de las tribus bárbaras, el Imperio romano se debilita por momentos. Hacia el 449 d. C., Atila, el rey de los hunos, cuya ferocidad le ha ganado el título de *El Azote de Dios*, es el señor de la guerra más poderoso del mundo y, al comprender que su imperio corre el riesgo de desaparecer, se dispone a atacar Occidente.

Los líderes romanos envían una embajada al campamento de Atila con la excusa de conseguir un acuerdo diplomático y sobornar a uno de los lugartenientes para que tome parte en una conspiración y asesinar a su líder. A esta misión se unirá Jonás.

La conspiración es descubierta y Jonás es tomado como rehén. Consciente de que su vida corre un serio peligro, comprende que para sobrevivir tendrá que recurrir a sus habilidades. Mientras planea su huida, se apodera de un elemento decisivo en la inminente guerra. Para salvar el imperio, debe llevar no sólo una advertencia, sino una antigua espada que ayudará a preparar Roma para la mayor batalla de la historia, cuyo resultado determinará el futuro de la civilización occidental.

A mi madre, y en memoria de mi padre.
Fueron ellos los que me regalaron un libro infantil
sobre la batalla de los Campos Cataláunicos,
que despertó en mí una curiosidad
que ha perdurado toda la vida

PERSONAJES PRINCIPALES

ROMANOS Y ALIADOS

Jonás: joven enviado y escriba romano.

Ilana: doncella romana cautiva.

Zerco: bufón enano amigo de Jonás.

Julia: esposa de Zerco.

Aecio: general romano.

Valentiniano III: emperador del Imperio romano de Occidente.

Placidia: madre de Valentiniano.

Honorio: hermana de Valentiniano.

Jacinto: eunuco de Honorio.

Teodosio II: emperador del Imperio romano de Oriente.

Crisafio: ministro eunuco de Teodosio.

Maximino: embajador de Atila.

Bigilas: traductor y conspirador.

Rusticio: traductor.

Aniano: obispo y (cuando le conviene) eremita.

HUNOS

Atila: rey de los hunos.

Skilla: guerrero huno enamorado de Ilana.

Edeco: tío de Skilla y guerrero de Atila.

Suecca: esposa de Edeco.

Eudoxio: doctor griego enviado de Atila.

Hereka: primera esposa de Atila.

Elak, Dengizik e Irnak: hijos de Atila.

Onegesh: lugarteniente de Atila de origen romano.

GERMANOS

Guernna: comparte cautiverio con Ilana.

Teodorico: rey de los visigodos.

Berta: hija de Teodorico.

Genserico: rey de los vándalos.

Sangibano: rey de los alanos.

Anto: rey de los francos.

INTRODUCCIÓN

Trescientos setenta y seis años después del nacimiento de nuestro Salvador, el mundo seguía siendo uno. Nuestro Imperio romano perduró, tal como había sido, durante mil años. Se extendía desde los fríos páramos de Britania hasta las abrasadoras arenas de Arabia, desde el nacimiento del Eufrates hasta las costas atlánticas del norte de África. Las fronteras de Roma habían sido atacadas en innumerables ocasiones por celtas y germanos, por persas y escitas. Sin embargo, con hierro y sangre, con astucia y con oro, a todos los habían vencido. Siempre había sucedido de ese modo, y en el año 376 parecía que siempre habría de ser así.

¡Cómo me gustaría haber conocido aquella certeza!

Pero a mí, Jonás Alabanda, historiador, diplomático y soldado a mi pesar, sólo me cabe imaginar la venerable estabilidad del viejo imperio como quien escucha el relato de un marinero que habla de una costa lejana y oculta tras la niebla. Mi destino me ha llevado a existir en estos tiempos más duros, a conocer a los grandes y a vivir con mayor desesperación a causa de ello. Este libro narra mi historia y la de aquellos a quienes tuve la ventura y la desdicha de conocer, pero sus raíces se hunden en el pasado. En ese año 376, más de medio siglo antes de mi nacimiento, circuló el primer rumor de la tempestad que lo cambió todo para siempre.

En ese año, según relatan los historiadores, se recibieron las primeras noticias de los hunos.

Tened presente que yo soy, por origen, oriental, que hablo el griego con fluidez, que soy versado en filosofía y estoy acostumbrado a los soles cegadores de mi tierra. Nací en Constantinopla, ciudad que fundó Constantino el Grande en el Bósforo para que se convirtiera en segunda capital de nuestro imperio y que debía agilizar su administración. En ese punto donde se unen Europa y Asia, el mar Negro y el Mediterráneo, se alzó la Nueva Roma, escenario estratégico de la antigua Bizancio. La división proporcionó a Roma dos emperadores, dos senados y dos culturas: el occidente latino y el oriente griego. Pero no se trataba de dos imperios: los dos ejércitos romanos seguían acudiendo en ayuda mutua, y las leyes imperiales se coordinaban y unificaban. El Mediterráneo seguía siendo una laguna romana, y una misma arquitectura, una misma moneda, un mismo estilo en foros, fortalezas e iglesias podía observarse desde el Nilo hasta el Támesis. El cristianismo eclipsaba a todas las demás religiones, y el latín a todas las demás lenguas. Hasta entonces, el mundo no había conocido un período tan dilatado de paz, estabilidad y unidad relativas.

Y jamás volvería a conocerlo.

El Danubio es el gran río europeo. Nace en las laderas de los Alpes y discurre hacia levante a lo largo de casi mil ochocientas millas antes de ir a morir en aguas del mar Negro. En el año 376, su curso trazaba gran parte de la frontera septentrional del imperio. Aquel verano, a varias guarniciones romanas apostadas a lo largo del río comenzaron a llegar historias de guerra, desórdenes y migración entre los pueblos bárbaros. Una nueva forma de terror, desconocida hasta entonces, obligaba a huir a pueblos enteros, según se decía, y en su marcha topaban con los que vivían al oeste. Los fugitivos hablaban de la existencia de un pueblo poco agraciado, maloliente, de tez oscura, que vestía con pieles de animales hasta que éstas se pudrían, inmune al hambre y a la sed, que bebía la sangre de sus caballos y comía la carne cruda que guardaba bajo sus monturas para que se

ablandara. Esos nuevos invasores llegaban silenciosos como el viento, mataban con sus potentes arcos desde distancias insólitas, mataban con sus espadas a los que hubieran sobrevivido, y se alejaban al galope sin dar tiempo a sus enemigos a organizar la resistencia. Rechazaban alojarse a cubierto, quemaban cuanto encontraban a su paso y, casi siempre, vivían al aire libre. Sus ciudades se componían de tiendas de fieltro y sus calzadas eran las vastas estepas. Avanzaban por las praderas en pesados carros tirados por esclavos cargados con el botín de sus conquistas, y su lengua era dura y gutural.

Se llamaban a sí mismos los hunos.

Para tranquilizarse, nuestros centinelas se decían que aquéllos eran sin duda relatos exagerados. Roma contaba con una larga experiencia con los bárbaros y sabía que, por más valerosos que fuesen individualmente, en la táctica eran malos y en la estrategia, pésimos. Temidos como enemigos, resultaban valiosos como aliados. ¿Acaso no habían acabado los terribles germanos, con el transcurrir de los siglos, convertidos en el baluarte del ejército romano en Occidente? ¿Acaso no se habían civilizado los indómitos celtas? Los mensajeros llevaron a Roma y a Constantinopla la noticia de que algo anormal parecía suceder más allá del Danubio, pero su peligro aún no se había concretado.

Entonces, el rumor se convirtió en una marea de refugiados.

Huyendo de los hunos, un cuarto de millón de miembros de la tribu germana de los godos llegó a la orilla septentrional del río en busca de asilo. Como nada, salvo una guerra, iba a detener semejante desplazamiento de población, mis antepasados les permitieron, a su pesar, cruzar el Danubio. Tal vez aquellos recién llegados, como había sucedido con muchas otras tribus que lo habían hecho antes que ellos, se instalarían sin problemas y se convertirían en «federados». Tal había sido el caso de los salvajes francos,

aliados en la defensa contra aquel misterioso pueblo de las estepas.

Sin embargo, en aquel caso se trataba de una esperanza vana, fruto de la conveniencia. Los godos eran orgullosos y no habían sido conquistados. Nosotros, los pueblos civilizados, les parecíamos consentidos, indecisos y débiles. Los romanos y los godos no tardaron en enfrentarse. Los refugiados se vendían al mejor postor y, a su vez, robaban ganado. Primero se convirtieron en saqueadores, y más tarde en invasores. Así, el 9 de agosto del año 378, Valente, el emperador romano de Oriente, combatió contra los godos a las puertas de Adrianópolis, ciudad situada a menos de cuatrocientas millas de Constantinopla. Los efectivos estaban muy igualados, y los romanos confiábamos en la victoria. Pero nuestra caballería se batió en retirada, nuestra infantería fue presa del pánico y, rodeados por los jinetes godos, nuestros soldados se apiñaron hasta el punto de no poder alzar las armas y los escudos para luchar con eficacia. Valente y su ejército fueron derrotados en el peor desastre militar que sufrían los romanos desde que Aníbal los había aniquilado en Cannas seis siglos atrás.

Así fue como se estableció un negro precedente: los bárbaros eran capaces de vencer a los romanos. En realidad, éstos podían ser derrotados por unos bárbaros que huían de otros aún más temibles.

Lo peor no tardaría en llegar.

Los godos iniciaron un saqueo itinerante por todo el imperio que no cesó en décadas. Entretanto, los hunos causaban estragos en el valle del Danubio y, más al este, saquearon Armenia, Capadocia y Siria. Naciones bárbaras enteras fueron desplazadas, y algunas de sus tribus, en su huida, llegaron y se instalaron a orillas del Rin. Cuando el río se heló el último día del año 406, vándalos, alanos, suevos y borgoñones lo cruzaron y se internaron en la Galia. Los bárbaros siguieron su imparable marcha hacia el sur, quemando, matando, saqueando, en una orgía de violencia que

suscitó los relatos de horror y fascinación con los que mi generación creció. Se descubrió que una mujer romana cocinó y se comió a sus cuatro hijos, uno por uno. Explicó a las autoridades que esperaba que cada sacrificio sirviera para salvar a los demás. Murió lapidada por sus vecinos.

Los invasores cruzaron los Pirineos y avanzaron por Iberia, llegaron a Gibraltar, atravesaron el Estrecho y por él accedieron a África. San Agustín murió cuando su ciudad natal, Hipona, se encontraba sitiada. Britania quedó aislada del imperio. Los godos, que seguían buscando una tierra en la que asentarse, avanzaron sobre Italia y, en el año 410, asombraron al mundo saqueando la mismísima Roma. Aunque se retiraron tras apenas tres días de pillaje, la sensación de inviolabilidad de la ciudad santa desapareció de un plumazo.

Los pueblos bárbaros empezaron a instalarse y a gobernar en grandes zonas del Imperio de Occidente. Incapaces de vencer a los invasores, los emperadores, cada vez más desesperados, trataban de comprarlos, de confinarlos en territorios bien delimitados y de enemistar a unos con otros. La corte imperial, incapaz de garantizar su propia integridad en Roma, se trasladó primero a Milán y luego a Rávena, una base naval situada en tierras pantanosas del Adriático. Mientras, los visigodos ocuparon el sudoeste de la Galia e Hispania, los borgoñones el este de la Galia, los alanos el valle del Loira, y los vándalos el norte de África. Las herejías cristianas competían unas con otras al tiempo que la religión bárbara se mezclaba con la del Mesías y creaba una amalgama de nuevas creencias. El estado de las calzadas empeoraba, pues nadie se dedicaba a su mantenimiento, la delincuencia aumentaba, los impuestos quedaban sin recaudar, algunas de las mentes más brillantes se refugiaban en los monasterios..., y aun así la vida seguía en aquella confederación poco definida de gobiernos romanos y bárbaros. Entretanto, en Oriente, Constantinopla seguía floreciendo. En Rávena se construían nuevos palacios e

iglesias. Las guarniciones romanas seguían guerreando, pues no quedaba otra alternativa. ¿Cómo iba a desaparecer Roma? El lento derrumbamiento de la civilización resultaba tan inconcebible como inevitable.

Entretanto, el poder de los hunos crecía.

Lo que en el siglo IV había sido un rumor misterioso, en el V se convirtió en siniestra y terrorífica realidad. Cuando los hunos, a lomos de sus caballos, penetraron en Europa y ocuparon la gran llanura húngara, sometieron a las tribus bárbaras con que se encontraron a un nuevo y siniestro imperio. Desconocedores de la industria y recelosos de la tecnología, recurrían a los pueblos esclavizados, las expediciones de saqueo, la extorsión de tributos y el pago a mercenarios para el mantenimiento de su sociedad. Roma, fatigada y decadente, contratada en ocasiones a los hunos para someter a otras tribus instaladas en sus territorios, en un intento de ganar tiempo. Éstos aprovechaban esas ocasiones para atraerse a más aliados e incrementar así su poder. En los años 443 y 447 protagonizaron incursiones desastrosas en la mitad oriental del imperio con las que borrarón del mapa más de cien ciudades balcánicas. Y aunque la nueva y fabulosa muralla triple de Constantinopla se revelaba eficaz contra los asaltos, nosotros, los bizantinos, nos veíamos obligados a pagar a los hunos para garantizarnos cierta paz, por lo demás precaria y humillante.

A mediados del siglo V, cuando llegué a la edad adulta, el imperio de los hunos se extendía desde el río Elba, en Germania, hasta el mar Caspio, y desde el Danubio hasta el Báltico. Su jefe, que había hecho de Hunuguri su capital, se había convertido en el monarca más poderoso de Europa. Una palabra suya bastaba para poner en guardia a más de cien mil de los más temidos guerreros que el mundo había conocido hasta entonces. Y entre las tribus conquistadas hallaría otros cien mil dispuestos a unirse a su ejército. Su

palabra era ley, jamás había conocido la derrota, y sus esposas e hijos temblaban en su presencia. Se llamaba Atila.

Lo que sigue es su historia verdadera y la mía propia, contada a través de los ojos de aquéllos a quienes conocí bien, y a través de los míos en aquellos episodios en los que desempeñé algún papel. Dejo constancia de ello por escrito para que algún día mis hijos entiendan qué me llevó, en estos tiempos extraños, a esta diminuta isla, tan alejada del lugar donde nací, en compañía de la mejor de las esposas.

PRIMERA PARTE

LA EMBAJADA AL CAMPAMENTO DE ATILA

CAPÍTULO 1

HERMANO Y HERMANA

Rávena, 449 d. C.

—Obispo, mi hermana es una mujer malvada, y estamos aquí para salvarla de sí misma —dijo el César del Imperio romano de Occidente.

Se trataba de Valentiniano III, y su carácter constituía la prueba desgraciada del declive de su dinastía. Poseía una inteligencia nada excepcional, carecía de arrojo militar, así como del más mínimo interés por el gobierno. Valentiniano prefería dedicarse al deporte y al placer, y frecuentaba la compañía de magos, cortesanas y esposas de senadores, a las que seducía por el simple gusto de humillar a sus maridos. Sabía que su talento no era el de sus antepasados, y aquella conciencia íntima de su inferioridad le producía resentimiento y temor. Creía que siempre había hombres y mujeres celosos o rencorosos dispuestos a conspirar contra él. Así, había mandado llamar al prelado para que bendijera la ejecución de esa noche, pues necesitaba contar con la aprobación de la Iglesia. Valentiniano se apoyaba en las creencias de los demás para creer en sí mismo.

El emperador había persuadido al obispo; para su hermana Honoria era importante reconocer que carecía de apoyos tanto en el mundo secular como en el religioso. Se

había encaprichado de un guardia, como una ramera barata, y aquella pequeña sorpresa había representado todo un regalo.

—Así libro a mi hermana de un juicio por traición en este mundo, y la salvo de la condena eterna en el otro.

—A ningún hijo le está vedada la salvación, César —objetó el obispo Milo. Compartía la complicidad ante aquella desagradable sorpresa, pues a él y a la astuta madre del emperador, Gala Placidia, les hacía falta dinero para terminar una nueva iglesia en Rávena que había de garantizarles su propio ascenso a los cielos. Placidia estaba tan avergonzada con el desliz de su hija como temeroso se mostraba Valentiniano, y su apoyo a la decisión del emperador se vería recompensado con una generosa donación a la Iglesia por parte del tesoro romano. Al obispo le parecía que los caminos del Señor eran inescrutables. Placidia, por su parte, estaba convencida de que los deseos de Dios y los suyos propios coincidían plenamente.

Se suponía que el emperador se encontraba en Roma, la vieja y decadente Roma, tratando con el Senado, recibiendo a los embajadores, participando en cacerías y reuniones sociales. Pero había partido hacía cuatro noches, sin previo aviso, acompañado por seis soldados escogidos personalmente por su chambelán Heraclio. Descubrirían a Honoria antes de que pudiera hacer realidad sus planes. Habían sido los espías del chambelán quienes habían revelado que la hermana del emperador no sólo se acostaba con su guardián de palacio —un necio imprudente llamado Eugenio—, sino que planeaba asesinar a su hermano y hacerse con el poder. ¿Había algo de cierto en aquella historia? No era ningún secreto que Honoria consideraba a su hermano indolente y estúpido, y que se creía más capacitada que él para gobernar los asuntos del imperio, a imagen y semejanza de su enérgica madre. Los rumores que habían comenzado a circular apuntaban a que pretendía colocar a su amante en el trono y convertirse en augusta, o reina. Sí, por